

ARQUEOLOGÍA EN EL SUR DE TENERIFE. EL MITO DE LOS PARADEROS PASTORILES

Verónica Alberto Barroso*, Cristo M. Hernández Gómez**,
Ana Barro Rois, Estervina Borges Domínguez, David Prieto Rodríguez,
Noemi Dorta Barreiro, Juan Carlos García Ávila***

RESUMEN

La intervención realizada en los yacimientos de superficie del Conjunto Arqueológico Abama ha contribuido a profundizar en el modelo de poblamiento prehispánico del sur de la isla de Tenerife. La discusión que se plantea en este trabajo se centra en el debate en torno al concepto de «paradero pastoril», funcionalidad que tradicionalmente se le ha otorgado a estos sitios, la mayor parte de las veces sin un posicionamiento teórico definido.

PALABRAS CLAVES: Tenerife, prehistoria, modelo de poblamiento, paradero pastoril, cabaña.

ABSTRACT

«Southern Tenerife archaeology. The myth of the pastoral camp». The intervention realised on the sites of the Archaeological Abama complex has contributed to the deepening knowledge of the pre-hispanic population in the south of the Island of Tenerife. The discussion of this project is centred on the debate around the concept of the functional pastoral camp which has traditionally been assigned to these sites, the majority of times without a theoretically defined position.

KEY WORDS: Tenerife, pre-history, model of population, pastoral camp, shed

- ¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.
 - Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.
 - Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.
- (Miguel de Cervantes, 1605)

1. CONSIDERACIONES GENERALES

En Tenerife, las intervenciones efectuadas en yacimientos de superficie resultan muy escasas, a pesar de que son numerosos los vestigios aborígenes de este tipo que se conocen y de que la investigación arqueológica cuenta ya con una tra-





yectoria secular. Ello se explica por razones de índole diversa vinculadas con los prejuicios conceptuales que habitualmente han marcado el estudio de los aborígenes. No en vano, la imagen de los guanches como «pastores de tradición troglodita» ha supuesto un condicionante de gran peso en la interpretación de las evidencias prehistóricas, determinando fuertemente el sentido de las explicaciones¹. En el aspecto que nos ocupa, esta visión, hasta fechas muy recientes e incluso en la actualidad, ha acabado enmascarando bajo la ambigua clasificación de «paradero pastoril» a conjuntos arqueológicos dispares.

En este panorama deben reconocerse las importantes repercusiones que han tenido los inventarios arqueológicos (Navarro *et al.*, 1988-1990) en cuanto al volumen y la naturaleza de los datos relativos a la ocupación del territorio y la importancia que cobran las estructuras constructivas tipo «cabaña», en la franja meridional de Tenerife. Sin embargo, la denominada «arqueología de superficie» es, sin duda, la gran desconocida de la Prehistoria insular y la información contextual que se maneja es prácticamente nula, lo que ha impedido que contemos con una visión ajustada y certera del peso y significado histórico de este fenómeno.

A inicios del siglo XXI el poblamiento prehistórico del sur de la isla está aún pendiente de un análisis exhaustivo y de carácter global. Es cierto que se posee alguna idea genérica sobre los patrones de asentamiento, pero también lo es que obedece más a la observación de campo que a un estudio detenido de los datos. A menudo, entre los profesionales, se llegan a mantener discusiones bizantinas sobre la filiación histórica de las construcciones, pero jamás se ha efectuado un trabajo sobre las soluciones técnicas y casi no se han llevado a cabo excavaciones recientes en contextos de este tipo.

Desde que L. Diego Cuscoy denunciara que Canarias parecía una gran necrópolis (1968), haciendo alusión a las numerosas intervenciones que se habían practicado en yacimientos funerarios frente a otros contextos arqueológicos, el panorama general ha experimentado importantes cambios y algunos incluso de carácter revulsivo. Sin embargo, hay un problema de fondo que permanece invariable y es la parcialidad que representan las unidades de intervención con respecto al registro general, mucho más diverso. Esta parcialidad resulta muy evidente en el campo de la arqueología de superficie, cuyos testimonios se relegan, sin criterios fundamentados, a la condición de «campamentos ligeros» de unas comunidades más o menos trashumantes.

* Arqueóloga. Arqueocanaria. veroalberto@terra.es.

** Arqueólogo. Grupo de Investigación Arqueología del Territorio (ULL) chergomw@gobiernodecanarias.org.

*** Arqueólogo. Grupo de Investigación Arqueología del Territorio (ULL) karlos_669@hotmail.com.

¹ El estado actual de la investigación prehistórica en el Archipiélago demanda un detenido análisis historiográfico que ponga de manifiesto las grandes líneas de desarrollo de esta disciplina y que efectúe una profunda reflexión sobre el impacto que ha tenido en las argumentaciones dominantes sobre la Prehistoria de las islas, así como en el diseño de las estrategias particulares de investigación.

Verdaderamente, los escasos referentes a los que acudir² muestran un panorama que choca de lleno con la idea expresada hace muchos años y asumida con rango de verdad histórica, sin mayores explicaciones.

Ni siquiera un ámbito como Las Cañadas del Teide, en el que la existencia de cabañas es bien conocida desde antiguo, proporciona sólidos marcos de análisis que faciliten la evaluación de otros enclaves insulares, frecuentemente ubicados en áreas de gran dinamismo urbanístico.

En este sentido son significativos los resultados de la intervención arqueológica en Abama (Tijoco, Guía de Isora), efectuada en el año 2001, en el marco de las actuaciones previstas en el Proyecto «Club de Campo Guía de Isora», por «Tropical Turística Canarias S.L.», siguiendo las recomendaciones que se recogían en el informe de Impacto Ambiental realizado por Arqueoimpacto S.L.

Se trató de una intervención de las denominadas «de urgencia» que ha cobrado un doble interés desde el punto de vista científico. En primer lugar, ha contribuido a profundizar en el poblamiento de un sector de la isla, del que sólo se poseen los datos publicados por L.D. Cuscoy, 1968, el estudio de la estación de grabados antropomorfos de Aripe (Balbín y Tejera, 1983) y la Carta Arqueológica efectuada por el Museo Arqueológico de Tenerife (1994), muy poco exhaustiva, al contemplar únicamente cuevas y manifestaciones rupestres. En segundo lugar, aporta una valiosa información sobre el hábitat de superficie en el sur de la isla, en relación con cuestiones como el emplazamiento, las técnicas constructivas, los problemas de conservación del registro, etc.

En un primer análisis pudiera parecer que se trata de unidades arqueológicas muy desmanteladas, desestructuradas en el territorio y poco representativas del poblamiento general de la zona, sin embargo los resultados obtenidos permiten abordar una interpretación del espacio más integral y una inserción de los datos en un proceso de explicación histórica que nos conduce directamente a replantearnos las categorías de análisis y la potencialidad científica del registro arqueológico de superficie, desde los parámetros conceptuales del materialismo histórico.

Se pone de manifiesto que con una actuación arqueológica de este tipo, desarrollada desde sus inicios como un proceso de investigación, independientemente de su carácter de «urgencia», puede llegarse a recuperar un volumen de información, históricamente significativa y nada desdeñable, que abra una vía de explicación al proceso de poblamiento humano de esta zona. Lo que inicialmente parecían constituir unidades arqueológicas aisladas y mal conservadas, al término de este

² Ya se han citado los inventarios patrimoniales de distintos T.M. en el sur de la isla (J.F. Navarro Mederos y F. Álamo Torres). En este mismo sentido también destacan las excavaciones del asentamiento de alta montaña de Chafarí (B. Galván Santos), las intervenciones en los yacimientos de Los Morritos en T.M. de Arona (F. Álamo), y en Las Caletillas en T.M. de Granadilla (F. Álamo) o las aportaciones que representan las prospecciones dirigidas por M. Arnay de La Rosa en Las Cañadas del Teide y, recientemente, la del equipo que analiza las manifestaciones arqueológicas del Lomo de Arico (F. Pérez Camaño y colaboradores).



trabajo se presentaban como ámbitos de implantación humana integrados en un territorio cuyos datos sobre los modos de vida prehispanicos en el suroeste insular resultan de interés.

Se puede afirmar fehacientemente que esta intervención no tiene un carácter «aislado», ni tiene, en absoluto, un carácter de «salvamento», entendido como la recuperación de bienes muebles y su inmediato depósito en las instituciones públicas, para dar paso a la urbanización del territorio y cubrir así un expediente administrativo. Este proyecto se hace desde un posicionamiento teórico que ha sido explicitado en diferentes trabajos (Galván *et al.*, 1999) y persigue un objetivo general que sobrepasa a la propia intervención y en el que estamos comprometidos colectivamente desde hace ya más de una década: la explicación de la sociedad guanche, en términos históricamente significativos, porque entendemos y así lo asumimos, que es la explicación histórica lo que posee de verdad un valor patrimonial y, por tanto, lo que debe ser defendido y tratado como parte de nuestro legado cultural.

Una mirada retrospectiva a los últimos veinte años de la Arqueología de Tenerife nos dibuja un panorama, sin duda, convulsivo, por razones diversas y de naturaleza dispar, pero principalmente porque nos sitúa ante un cúmulo de preguntas que demandan la atención de todos los agentes sociales implicados en el Patrimonio Histórico de la isla.

No es menos cierto que el binomio Patrimonio-Investigación, estratégica y subrepticamente dissociado, constituye un eje básico sobre el que en Canarias hemos debatido poco, a pesar de lo cual contamos con una legislación autonómica específica en materia de Patrimonio Histórico y con un reglamento de excavaciones arqueológicas cuyo texto evidencia, como no podría ser de otro modo, la preocupación por las formas y el abandono del fondo.

Inmersos en este contexto, en las páginas que siguen, se encontrará una discusión sobre el modelo de poblamiento prehistórico del sur de Tenerife, un debate abierto en torno al concepto de paradero pastoril y en definitiva, se hallarán datos para intentar comprender cómo vivía la población aborígen en esta zona de la isla y con ello, algunas razones de por qué es importante el conjunto arqueológico de Abama.

2. EL CONJUNTO ARQUEOLÓGICO DE ABAMA

El territorio que se ve afectado por el emplazamiento del campo de golf, se caracteriza por la presencia de amplias lomadas de pendiente media, delimitadas por pequeñas barranqueras (Lám. 1).

Esta zona se encuentra fuertemente antropizada, debido fundamentalmente a las grandes roturaciones de finales del siglo XIX y a los cultivos de exportación en la pasada centuria, junto con otros usos que paulatinamente han ido transformando el paisaje originario. Tales circunstancias determinaron el bajo nivel de detección de sitios arqueológicos y el relativo mal estado de conservación de los existentes.

Los núcleos denominados Abama-2 y 4, centros de interés de este trabajo, son emplazamientos en los que hemos podido identificar espacios domésticos complejos con áreas de actividad organizada, que se completan en algunos casos por la



Lámina 1: Vista panorámica de las lomadas de Abama, con la Montaña de Tejina al fondo.

presencia de manifestaciones rupestres³. La gran cantidad de evidencias ergológicas que se distribuyen en el entorno constituye un claro indicador de la intensa ocupación aborigen de todo el territorio. De idéntica manera habría que relacionar estos yacimientos de Abama con otros ubicados fuera de los límites del Club de Campo, que constan en la Carta Arqueológica del Municipio.

La intervención afectó, por tanto, a un contexto doméstico que, en origen, trasciende las actuales unidades arqueológicas para extenderse a un espacio más amplio de límites indeterminados entre la Montaña de Tejina y el litoral. En este entorno desarrolló su vida cotidiana, a lo largo del tiempo, una comunidad local (Hernández y Alberto, 2006), cuyas huellas se han preservado en los centros intervenidos. El emplazamiento de los yacimientos arqueológicos en afloramientos o zonas marginales para la agricultura tradicional y de exportación debe haber sido el factor determinante para que hayan perdurado hasta nuestros días y no desaparecieran por efecto del alto índice de antropización del paisaje.

³ Las intervenciones arqueológicas se llevaron a cabo en cuatro unidades. En Abama-1, los trabajos estuvieron dirigidos en exclusividad al registro y documentación de una serie de manifestaciones rupestres. En Abama-2 y 4 se abordó el reconocimiento y estudio de los elementos estructurales de sendos yacimientos, la excavación de los depósitos sedimentarios y, finalmente, la recuperación de los materiales arqueológicos dispersos. Abama-5 es un conjunto de cuevas artificiales de cronología reciente cuyo estudio histórico fue realizado por Alejandro Larráz Mora. Por último, Abama-3, consignado en el informe de impacto como un yacimiento de superficie, había desaparecido en el momento de la intervención arqueológica.



● Conjunto Arqueológico de Abama

Figura 1: Mapa de situación de los yacimientos.

Es decir, todos los datos redundan en que esta zona de Guía de Isora pudo registrar un importante poblamiento prehistórico que hoy aparece muy difuso y

difícilmente perceptible. Este hecho confiere a los yacimientos de Abama mayor importancia, ya que constituyen casi las únicas evidencias conocidas.

2.1. EL TERRITORIO

Los yacimientos citados se encuentran a lo largo de una amplia lomada ubicada entre dos de los principales barrancos que surcan la comarca de Isora: Chabugo al Noreste y Erque al Suroeste. Se trata de una plataforma que desciende suavemente desde la zona de medianías hasta la costa, finalizando en un acantilado de escaso desarrollo (Fig. 1).

Estas lomas se encuentran cortadas por diversos barranquillos, siendo precisamente en el borde de uno de estos colectores menores, a 260 m.s.n.m, donde se localiza Abama-2. Por su parte, Abama-4 se encuentra en la margen izquierda de la desembocadura del barranco de Chabugo, en la cima de un lomo, muy próximo al cantil costero.

En la actualidad, el grado de transformación del paisaje, es tan elevado que resulta muy difícil poner unos límites precisos a los yacimientos. Por esta razón, Abama-2 queda restringido a un pequeño promontorio rocoso, que sobresale escasamente en el lomo, y a una reducida porción de ladera que se desarrolla a sus pies. Abama-4 está integrado por una estructura de piedra seca en la cima del lomo y por un abundante repertorio de materiales ergológicos en superficie, localizados en el tracto superior de la ladera, próximos a la citada construcción.

A una escala más amplia, el mismo problema se plantea a la hora de poder integrar estos espacios arqueológicos en sus correspondientes contextos generales como partes de un todo mayor; el poblamiento prehispanico en Abama y su expresión territorial. No obstante, a pesar de esta intensa alteración del paisaje, aún se conservan destacados vestigios que permiten hacer una lectura más ajustada acerca del ámbito de implantación de las comunidades locales a las que hacemos referencia.

A pesar de estos obstáculos se pueden distinguir una serie de rasgos comunes en todas las unidades que integran el conjunto de Abama y que son una manifestación evidente del patrón de asentamiento que aquí se produce.

2.2. ABAMA-4

Está integrado por tres conjuntos estructurales de distintas características y categorías patrimoniales: una construcción de piedra seca con planta de tendencia circular, que hemos interpretado como «fondo de cabaña», una dispersión de materiales, en la que se identificó la coexistencia de diversos complejos ergológicos (prehistórico e histórico), integrados por fauna marina malacológica e industria lítica sobre rocas de grano grueso y, en menor medida, fauna vertebrada terrestre, cerámica aborigen y tradicional e industria lítica obsidiánica y un panel con grabados rupestres de filiación histórica, de escaso desarrollo y entidad figurativa.





El primer hecho reseñable es que las evidencias materiales se manifiestan parcialmente afectadas por la reutilización más o menos intensa, como consecuencia de su inserción en una explotación agropecuaria, y de manera más concreta, por hallarse próximo al camino empedrado que conducía hasta la Playa de Abama.

Parece indudable, a tenor de lo expuesto, que los límites actuales del conjunto arqueológico responden al uso reciente y subreciente experimentado por el entorno, que en gran medida desdibuja el asentamiento original.

Estas circunstancias dificultan notablemente la valoración del sitio. No puede afirmarse que Abama-4 siempre fue lo que hoy conocemos y hemos podido estudiar. Ningún dato nos permite, *a priori*, discriminar si alguna vez estuvo integrado por un número superior de estructuras habitacionales, perdidas por la roturación, o si sólo constituyó un pequeño asentamiento relacionado con el aprovechamiento del litoral.

Una vez más, es el contexto territorial el que de alguna manera aporta la información que nos permite comprender con mayor profundidad este espacio y ubicarlo en un patrón general de ocupación del territorio. En efecto, en todo el territorio Abama son frecuentes los restos de la actividad aborigen, de manera que la abundancia y variabilidad del registro arqueológico parece indicar que la roturación ha arrasado las huellas de una importante ocupación indígena.

De forma genérica, la unidad geomorfológica de acogida viene definida por el tramo distal del citado lomo, en cuyo extremo la erosión marina ha ido labrando un cantil de no mucha altura. En la margen derecha de éste se abre una pequeña playa de cantos, que constituye la desembocadura de uno de los principales colectores de la zona: el Bco. Chabugo⁴; mientras que en la izquierda, el litoral se muestra algo más abrupto, caracterizado por una costa acantilada con formación de plataformas y numerosos charcos, particularmente propicios para el desarrollo de actividades económicas como la pesca y el marisqueo (Lám. 2).

Cabe extraer algunos fundamentos que, combinados, sintetizan sus características: inserción en un ámbito más amplio de implantación humana que llega casi hasta las medianías, en el que domina el hábitat de superficie, pero en el que no están ausentes las cuevas; localización litoral, con acceso inmediato a los recursos costeros y fácil comunicación con el interior; ubicación prominente y amplio control visual, así como elevada exposición a los agentes naturales.

Sin lugar a dudas, son particularmente interesantes los resultados concernientes al estudio de la estructura interpretada como fondo de cabaña. De planta

⁴ En el Inventario del Patrimonio Arqueológico del T.M. de Guía de Isora se cita un conjunto arqueológico ubicado en este barranco e integrado por dos agrupaciones de cuevas naturales, una en torno a los 50 m.s.n.m. y otra, algo por encima de los 200 m de altitud. Al parecer todas las cavidades muestran un elevado índice de reutilización, que dificulta la evaluación de su interés científico-patrimonial. Desde el punto de vista de la implantación de los colectivos humanos en el territorio y su socialización, resulta interesante valorar el grado de integración entre sendos modelos de hábitat: superficie y cueva.



Lámina 2: Lomo en el que se asienta la cabaña (Abama-4)
y desembocadura del Bco. de Chabugo.

circular u oval, responde a una construcción asimilable a uno de los modelos de hábitat característicos de los aborígenes de Tenerife, tal como se recoge incluso en las crónicas y otras fuentes narrativas. Con todo, las cuevas han centrado el interés de la investigación y aunque aún sabemos muy poco sobre la organización de éstas, mucho mayor es la ignorancia en lo relativo a las construcciones de piedra seca que efectuaron los *guanches*.

Estas razones han determinado que en la intervención en Abama-4 se haya prestado una particular atención a las técnicas constructivas, efectuando una minuciosa lectura de paramentos que fuera aclaratoria del proceso de fabricación seguido para levantar la cabaña⁵. Este nivel de detalle, las condiciones de preservación de la cabaña y los datos contextuales disponibles, permiten efectuar algunas consideraciones generales (Fig. 2).

Se trata de un recinto de reducidas dimensiones. La superficie útil se restringe a menos de 4 m², cuyo perímetro está delimitado por un muro de piedra

⁵ Para una descripción más detallada puede consultarse la Memoria de la intervención arqueológica.



Figura 2: Planta de la cabaña (Abama-4).

seca. Para su construcción se aprovecha el afloramiento rocoso que, en cierto modo, condiciona la distribución general del espacio. Éste desempeña una funcionalidad doble al actuar como plataforma que permite emplazar la cabaña en un lugar relativamente prominente y servir como paramento, lo que garantiza la solidez de la construcción.

La información arqueológica recabada nos permite plantear la hipótesis de que la construcción no era mucho mayor de lo que hemos podido estudiar. Esta afirmación se sustenta en dos argumentos principales de naturaleza estructural. Por un lado, el volumen y las características del derrumbe que parece corresponderse con un muro de pequeña altura y no tanto con construcciones de mayor envergadura. Por otro, el remate de los paramentos conservados. En este sentido, es particularmente elocuente el lateral senextro de la construcción, donde ésta ha de salvar el desnivel más importante. Se observa cómo los constructores seleccionaron materiales de tamaño dispar, a partir de los cuales, con un número desigual de hileras y adaptándose a la morfología del afloramiento, hicieron posible una estructura maciza. De acuerdo con este planteamiento, la cabaña estaría constituida por un zócalo de piedra seca, del que se conserva gran parte y una «superestructura», que se ha perdido en su integridad sin dejar huella arqueológica de ningún tipo⁶.

Las exiguas referencias bibliográficas que sobre esta categoría de manifestaciones arqueológicas se conocen para la Prehistoria de Tenerife no facilitan el análisis comparativo; si bien, parece que el caso de Abama-4 no desentona del panorama insular. En efecto, la mayoría de las cabañas conocidas manifiestan un zócalo, nunca muy alto, y derrumbes de escaso desarrollo, que parecen fortalecer la hipótesis de que eran construcciones mixtas en las que se combinaban un zócalo de piedra con cubierta superior de materiales más ligeros. La inexistencia de agujeros de poste o de cualquier otro indicio estructural nos impide aportar datos acerca de la morfología que debió tener ésta.

Un rasgo particularmente interesante, por cuanto suele emplearse como criterio de demarcación cronocultural, es el de la técnica constructiva⁷. En el presente caso, una edificación unitaria⁸ ofrece la confluencia de soluciones técnicas diversas. Este fenómeno constituye en sí mismo un procedimiento técnico y está destinado, sin duda, a conferirle la mayor solidez posible. Las variaciones técnicas se concretan en: el papel del afloramiento, la disposición y el encaje de los bloques, la utilización del cascajo, el empleo de refuerzos en las zonas más altas del muro, etc. Los bloques se usan de forma directa, sin transformación casi del soporte; ello implica una adecuada selección de los materiales según criterios morfométricos. De modo que las partes más sólidas se aseguran con los elementos de mayor tamaño, combinando las formas de tendencia paralelepípedica con las cónicas o piramidales que se reservan para las zonas de máxima curvatura. Se cuida el remate de las caras

⁶ Ya las fuentes narrativas indican el empleo de materiales perecederos, como elementos vegetales y pieles en este tipo de cubiertas. Ciertamente, en Abama-4 no se localizó, ni en el interior, ni en el exterior, ninguna evidencia de estructura o subestructura, constructiva o sedimentaria, que arrojará alguna luz sobre este particular.

⁷ Con cierta aleatoriedad se ha venido argumentando la adscripción cronocultural de las estructuras de superficie a partir de un análisis más intuitivo que racional de las técnicas constructivas.

⁸ No podemos olvidar que se trata de una construcción levantada de una sola vez. El zócalo es una estructura única, muestra un desarrollo continuo y no hay signo alguno que permita identificar reconstrucción o readaptación.



externas e internas del muro, empleando para ello las partes más planas de los bloques. Es interesante hacer constar que la gran mayoría de estos bloques proceden de la propia unidad de acogida y aunque se han empleado de forma preferente soportes sueltos, tanto la existencia de grandes lascas como las improntas de extracciones en el afloramiento rocoso, demuestran que algunas de las piedras utilizadas han sido extraídas de soportes fijos⁹.

Llegados a este punto del análisis, es preceptivo reflexionar sobre los criterios que nos permiten efectuar una propuesta de filiación histórica de la estructura. Resulta evidente, según se deriva del discurso previo, que Abama-4 se corresponde con los restos de un pequeño asentamiento aborigen y, por tanto, la construcción con un fondo de cabaña prehispanica.

No constituye ésta una afirmación aleatoria, sino que obedece a la valoración combinada de una serie de criterios que pasamos a enumerar, no sin antes señalar nuestro profundo escepticismo al uso de la «técnica constructiva» como único factor discriminante, máxime tomando en consideración que constituye un campo de investigación prácticamente inédito.

En primer término, el contenido ergológico de la cabaña no resulta un factor que permita una discriminación certera. Los materiales son escasos y su naturaleza muy poco elocuente desde el punto de vista cronocultural, puesto que se trata básicamente de restos malacológicos. El registro material recuperado en el exterior de la cabaña permite, por el contrario, asegurar la presencia aborigen en la zona, a partir de un repertorio claramente vinculable con esta etapa histórica. En conclusión, los datos arqueológicos disponibles son indicativos de una presencia humana en este ámbito desde época prehispanica.

En segundo término, el análisis del contexto territorial en el que se enmarca Abama-4 ofrece un panorama marcado por la proliferación de evidencias de la presencia aborigen en la zona; caracterizado precisamente por el hábitat de superficie. Ya se ha hecho mención a los conjuntos que existen a lo largo de todos los lomos de Abama.

Finalmente, el emplazamiento y la construcción son los dos factores, a nuestro juicio, de mayor peso. Efectivamente, Abama-4 tiene en el hábitat prehistórico del litoral meridional de Tenerife los paralelos más contundentes, evidenciándose como un ámbito doméstico cuya actividad se inserta en un espacio más amplio fuertemente antropizado. No se conoce entre las construcciones agropecuarias post-conquista de Tenerife ningún tipo parangonable con el que aquí hemos descrito.

⁹ La intervención en el afloramiento introduce en este yacimiento un factor de complejidad interpretativa. Es evidente que se modificó de forma concreta y puntual para facilitar la construcción de la estructura que se viene describiendo. En este caso se buscaba garantizar la solidez de ésta, asegurando la estabilidad de los bloques basales. Asimismo, es evidente también que algunos bloques integrantes de los muros fueron extraídos del afloramiento, puesto que los encontramos formando parte de los paramentos o bien integrados en el derrumbe. Pero existe una explotación de la roca local vinculada a la construcción del camino empedrado que baja hasta la playa. Toda esta actividad lítica genera una serie de desechos que sin un estudio podría llegar a confundirse con la actividad lítica ligada a la producción de instrumentos.

Si se analiza el yacimiento en sí mismo, la impresión es que nos hallamos ante un asentamiento marginal, quizá subsidiario y dependiente de un foco central de poblamiento, en el que se evidencia básicamente la explotación económica del entorno inmediato. Sin embargo, si se analiza desde su integración en el territorio, la seguridad en esta interpretación comienza a estar menos clara. De entrada, el grado de transformación histórica del entorno actúa como un factor distorsionador que impide evaluar con claridad la implantación de los colectivos humanos. Por otra parte, a pesar de la intensa roturación, los signos de ocupación prehistórica no son escasos. En consecuencia, Abama-4 bien podría formar parte de un territorio fuertemente ocupado, pero caracterizado por un hábitat relativamente disperso, sin que ello implique la fragmentación de un espacio que, obviamente, responde a idénticos parámetros socioeconómicos de ocupación.

2.3. ABAMA-2

Como ya se ha señalado, esta unidad se localiza más al interior, a unos 260 m.s.n.m., en el borde lateral de uno de los lomos que configuran la topografía de la plataforma comentada. Se trata de un espacio sumamente alterado, residual, inserto en medio de los campos roturados, cuya supervivencia obedece a su vinculación con un afloramiento rocoso. En este yacimiento destaca un conjunto ergológico integrado casi en su totalidad por un importante repertorio lítico sobre rocas de grano grueso y, de forma testimonial, por restos cerámicos, obsidiana y evidencias malacofáunicas.

Los trabajos consistieron en la detección y análisis de depósitos arqueológicos de diferente naturaleza, así como en el estudio detallado de los registros materiales para efectuar una valoración global de los componentes arqueológicos que permitiera, a su vez, explicar las áreas funcionales y los tipos de actividades realizadas en este enclave relictivo, que ha pasado a ocupar una posición marginal en la organización reciente del territorio.

Partiendo de estas premisas, se procedió a la recogida del material disperso en superficie, tanto en la cima del afloramiento rocoso que corona el lomo como en el área circundante, y a la excavación de un depósito sedimentario anexo a un pequeño abrigo que se abre al pie del afloramiento. Los resultados obtenidos de esta actuación ponen de relieve, también aquí, la prolongada utilización del espacio desde época prehispánica hasta la actualidad y cómo se van desdibujando progresivamente las evidencias de la primera presencia humana en la zona. Asimismo, las huellas de la ocupación aborigen se caracterizan por la organización de diversas áreas funcionales relacionadas con la concreción del proceso productivo en contextos domésticos complejos.

En relación con el primer punto, resulta muy sintomático la presencia de un muro de piedra seca que cierra el lateral izquierdo del abrigo, al que se une una plataforma de nivelación en el exterior, consistente en un amontonamiento de piedras, que incrementa el espacio útil del abrigo al eliminar la pendiente del suelo en ese sector. La instalación de estas estructuras define una especie de cubeta que ha



permitido la acumulación de un paquete sedimentario de entre 4 y 15 cm de potencia, y que llega a desbordarla extendiéndose, parcialmente, por los sectores aledaños.

Su análisis nos permite asegurar que tanto los elementos constructivos como el relleno son de cronología subreciente, sin duda, relacionados con el uso agropecuario de la zona. Esta afirmación se deriva del contenido material recuperado en la excavación, consistente en un conjunto heterogéneo de fragmentos de vidrio y loza, diversos objetos metálicos, piezas de madera, etc. No obstante, este repertorio también incluía un número relativamente importante de materiales de clara filiación prehispánica, entre los que destacan varios fragmentos cerámicos y piezas líticas, a lo que además habría que añadir los restos vegetales y fúnicos tanto de animales terrestres como marinos de difícil adscripción cronocultural.

Subyacente a éste se extiende un nivel de poca potencia, entre 3 y 10 cm, cuyos rasgos sedimentarios resultan similares al superior, produciéndose una transición gradual entre ambos, lo que determina unos límites difusos que no permiten reconocer una superficie de contacto. Como rasgos más característicos, hay que señalar un ligero incremento de la compacidad, una coloración que gira en torno a los marrones claros, y fundamentalmente, una serie de inclusiones sedimentarias consistentes en restos de combustión, que se corresponde con pequeñas bolsadas de cenizas que se acumulan en las zonas deprimidas del sustrato rocoso.

Asimismo, destaca como elemento diferenciador que todo el material recuperado es de origen prehispánico, incluyendo restos de fauna vertebrada terrestre y marina, fragmentos cerámicos y piezas líticas.

En general, los elementos más activos que intervienen en la formación de todo el relleno sedimentario responden a un origen natural, detectándose tan sólo episodios concretos en los que se da un incremento de la participación antrópica. La distinción entre las dos unidades comentadas no vendría dada por los rasgos sedimentológicos, sino por los caracteres arqueológicos, principalmente por la presencia conjunta de materiales recientes y prehistóricos para el depósito superior, indicativo de su removilización debida al acondicionamiento del abrigo descrito anteriormente. En consecuencia, el abrigo sólo se constituye en elemento estructurador del espacio en un momento muy reciente en el tiempo.

Por lo que se refiere a la caracterización de zonas de actividad organizada en Abama 2 ha resultado elocuente el análisis de los registros líticos, particularmente abundantes en el yacimiento.

Resulta sencillo comprobar cómo se ha establecido, con frecuencia, una relación unívoca entre preponderancia de restos líticos e interpretación del yacimiento como presunto paradero pastoril o taller, cuando no se opta por la versión combinada de paradero pastoril/puesto de vigilancia, como ámbitos a los que se asocia una importante actividad de producción lítica¹⁰.

¹⁰ Fue Luis Diego Cuscoy quien resaltó la importancia de la talla de la obsidiana por parte de los pastores durante su estancia en los paraderos pastoriles, para ocupar su *excesivo tiempo libre*. Posteriormente, la presencia de industria lítica en enclaves de superficie pasó a constituir la evidencia material irrefutable de la existencia de un paradero pastoril.

Este proceso deductivo, basado en argumentos cuya coherencia se sustenta en un mero fenómeno de observación de cantidades, constituye uno de los problemas fundamentales que tiene hoy la denominada arqueología de superficie en Tenerife, donde fenómenos arqueológicos muy similares a los que encontramos en todo el ámbito de Abama abundan en su mitad meridional.

Los criterios cuantitativos no son pertinentes para sustentar una interpretación. Sabemos, es cierto, que la industria lítica es abundante, pero qué significado tiene tal hecho. Está claro que la realidad arqueológica sólo puede conducir a una explicación histórica si se entiende el registro lítico como la evidencia estructurada de una actividad productiva, de un proceso de trabajo, que se da en el seno de una sociedad concreta. Por tanto, más allá de si se trata de una serie numerosa o parca, su caracterización es la que proporciona los datos sobre la actividad humana que tuvo lugar en los espacios de intervención arqueológica y, en consecuencia, el papel jugado por estos ámbitos en el poblamiento del territorio en el que se insertan. En este sentido, es evidente que la excavación efectuada en Abama 2 se ha llevado a cabo en un área de actividad que no se corresponde con el de «habitación» en el sentido estricto del término, aunque nos hallamos ante un espacio de producción de tipo doméstico.

Los instrumentos líticos exhumados se fabricaron, en más de un 95%, sobre el mismo tipo de rocas, un basalto de textura porfídica microcristalina que responde muy bien a los efectos de la percusión. Se trata de materiales recuperados directamente en las coladas locales, bien desprendidos directamente por los talladores, bien recolectados en posición secundaria, en zonas muy próximas a los focos originarios. Las huellas del aprovechamiento de las coladas se reconocen mediante los negativos de lascado que manifiestan algunas de sus zonas.

En efecto, en el morro que constituye el área de actuación arqueológica se reconoce el desarrollo de actividades en el que la industria lítica sobre rocas de grano grueso desempeñó un destacado papel, identificándose operaciones de suministro, producción y consumo, lo que le confiere una evidente naturaleza polifuncional¹¹.

3. ACERCA DEL CONCEPTO DE PARADERO PASTORIL

Los conjuntos arqueológicos del territorio Abama y, particularmente el caso de Abama-2, constituyen un claro exponente de lo que en la tipología arqueológica clásica para la prehistoria de Tenerife se ha venido clasificando como «paradero

¹¹ Para más detalles sobre las características del registro lítico puede consultarse la Memoria de excavaciones. Estos enclaves relacionados con la actividad de talla se han podido identificar en otros ámbitos arqueológicos del sur de Tenerife, con casos tan singulares como los vinculados a la explotación de la obsidiana ignimbrítica, Playa del Duque (Adeje), (Hernández, 2006a) o la producción de instrumentos sobre cantos rodados en el conjunto de Las Caletillas (Granadilla) (Hernández, 2006b).



pastoril». Se trata de yacimientos que se ajustan con fidelidad, en cuanto a su localización y contenido, a la idea que se ha generalizado para este tipo de registros, cuyo origen se remonta a la definición que efectuara en su día L. Diego Cuscoy:

Llamamos paradero pastoril a aquel paraje ocupado por el hombre dentro del campo de pastoreo durante la época de permanencia en la montaña. Es en el paradero donde el pastor elige su morada, oculta su ajuar y construye cercado de piedras que utiliza como rediles. Estos rediles se encuentran algunas veces aislados del conjunto del paradero, pero las más de las veces forman con estos una unidad. (1968: 183)

Este emblemático investigador, profundo conocedor de la Arqueología de Las Cañadas del Teide, imbuido de una concepción ambientalista de la Prehistoria insular, diseña un modelo de sociedad aborigen de marcado carácter pastoralista cuyos mecanismos funcionales se derivan del dominio que tenía del pastoreo tradicional.

En este marco, define para la Alta Montaña un complejo patrón de ocupación y explotación del territorio, al que denomina «paradero pastoril», que se expresa en una compleja realidad arqueológica de la que forman parte distintos elementos estructurales: *refugios, abrigos semiconstruidos, escondrijos y recintos anejos a la habitación destinados al ganado*.

En origen, por tanto, tal como se deduce de los trabajos de L. Diego Cuscoy, el paradero pastoril representa la articulación de todo un conjunto de indicadores y elementos que ponen de manifiesto la concreción del modo de vida pastoril en el sector cumbre de la isla¹².

Será Lorenzo Perera (1990) quien revitalice el concepto de «paradero pastoril» a fines de los años 80 y comienzos de la década de los 90 del siglo xx en el marco de sus investigaciones sobre la actividad pastoralista guanche, a la que consideraba antepasada directa del pastoreo tradicional, del mismo modo que lo había hecho anteriormente Luis Diego Cuscoy, cuyas interpretaciones habían calado hondo, no sólo en el colectivo profesional, sino también en el resto de la sociedad canaria¹³.

Se produce, a partir de entonces, una reformulación, más tácita que explícita, que reduce la idea de paradero pastoril al sitio donde «para» el pastor con los rebaños. Esta imagen acaba generalizándose como concreción del concepto en cuestión, que, así considerado, deja de ser definido por una combinación de criterios diversos cuya importancia radica en su concurrencia, para centrar su identificación en un único criterio: la distinción de un registro material de superficie que revele la

¹² Éste es el prototipo de asentamiento pastoralista temporal, según fue definido por Luis Diego Cuscoy, ahora bien, este autor también reconocía otras categorías de paraderos pastoriles costeros en el sur de Tenerife, de menor entidad, de acuerdo a su planteamiento de ámbito de explotación diurna para este sector litoral de la isla. (Véase Diego, 1968).

¹³ Esta interpretación es producto de una asimilación etnográfica, de fuerte repercusión identitaria, más que de un recurso a la etnografía como fórmula de análisis de los procesos de trabajo ligados al pastoreo.



presencia del pastor. Se abriría así la posibilidad de relacionar gran número de yacimientos arqueológicos con esta singular interpretación de paradero pastoril, lo que hizo que, como yacimiento tipo, perdiera su vinculación preeminente con la Alta Montaña, tal como fuera explicitado en los planteamientos originales¹⁴.

El paradero pastoril pasa de constituir un asentamiento paradigmático de la Alta Montaña a jalonar las rutas de trashumancia, registrándose en un número elevado en relación con la naturaleza e importancia de la actividad pastoralista en el sur de la isla, cuya población, según estos planteamientos, está abocada a una movilidad intensa y permanente, como se refleja, por ejemplo, en la interpretación que hace J.F. Delgado sobre el poblamiento prehistórico del menceyato de Abona:

En una población pastoril no se puede hablar de un sedentarismo relativo, sino más bien de pausas obligadas por imperativos estacionales. En su recorrido desempeñaron un gran papel los caminos de desarrollo vertical, influyendo también los profundos barrancos que atraviesan en sentido vertical el menceyato. Así hay un buen número de paraderos pastoriles por toda la comarca, desde la Costa de El Río hasta las mismas cumbres de Arico. (Delgado, 1995: 76)

La expresión arqueológica de esta renovada concepción de paradero pastoril está constituida básicamente por asociaciones de materiales de superficie, en la mayor parte de los casos sin conexión alguna con estructuras constructivas evidentes. En las medianías, se manifiesta normalmente como conjuntos líticos, a veces combinados, o incluyendo además algunos fragmentos cerámicos, mientras que en la costa suelen encontrarse asociados a restos malacofaúnicos; pero siempre sin que se trate de entidades arqueológicas con un sentido directamente reconocible más allá de un presunto nexo con la movilidad de pastores y rebaños en un territorio que los obliga a desplazarse hasta la cumbre.

Por tanto, el paradero pastoril acaba adquiriendo la condición de cajón de sastre que uniformiza, al amparo de la interpretación pastoralista, realidades arqueológicas diversas. El peso de una teoría sobre la sociedad actúa en este caso como un factor limitante en el análisis y comprensión de la base empírica y en su transformación en explicación histórica.

Pese a la transformación que sufre el concepto desde que lo definiera Diego Cuscoy hasta su actual versión, lo que sí permanece de forma contundente sin variación es la relación de los paraderos pastoriles, como indica su nombre, con la explotación de la cabaña ganadera caprina/ovina, concretamente con las actividades de traslado de los rebaños desde los lugares de habitación estables hacia las áreas de pastizales donde éstos se sustentan.

Tal circunstancia se esgrime para explicar su localización en zonas de lomadas, relativamente amplias y llanas, por las que cruzan los caminos que conectan la costa con la cumbre, o en algunos casos, el empleo de pequeños abrigos y covachas abier-

¹⁴ Ésta es una visión que pervive hasta la actualidad, pues sigue esgrimiéndose como modelo fundamental del poblamiento prehistórico del sur de Tenerife.





tos en las laderas de algunos barrancos. Por esta misma causa, el contenido arqueológico de los paraderos es siempre menos representativo que el de los lugares de habitación, tanto en términos cualitativos como cuantitativos, ya que la actividad pastoralista en sí misma es poco variada y se llevaría a cabo por grupos más reducidos que los que desarrollan el conjunto de las actividades cotidianas en el espacio de residencia.

A tenor de lo expuesto, los rasgos fenoménicos del sitio arqueológico de Abama-2 y, por supuesto también los de Abama-4, se podrían encajar, sin problemas, en esta definición. Por un lado, se cumplen los requisitos de emplazamiento, lugar eminente, amplio y relativamente llano donde se llevará a cabo el aprovechamiento de los pastos, así como buenas condiciones de visibilidad¹⁵ y, por otro, la presencia de un registro arqueológico limitado y poco diversificado, que resulta indicativo de un uso subsidiario del espacio en relación con los centros de población permanente. Como ya hemos avanzado, esta interpretación resultaría coherente si tan sólo nos limitáramos a considerar como factores explicativos los datos geográficos y la presencia o ausencia de determinadas evidencias materiales, estreñidas única y exclusivamente a la unidad arqueológica de acogida, tal como se presenta en la actualidad, al margen de su particular historia evolutiva.

Sin embargo, al superarse el marco de análisis e intentar valorar la manifestación arqueológica observable en su contexto general, del que forma parte indisociable, se pone de manifiesto un importante problema metodológico en la interpretación de estos yacimientos como paraderos pastoriles. Tal como se ha argumentado, los yacimientos aludidos pertenecen a conjuntos arqueológicos más amplios, cuya lectura precisa hoy resulta muy compleja. Prueba de esa realidad, son los numerosos vestigios de la presencia aborigen que se conservan desestructurados en toda la extensión de terreno al que hace referencia el topónimo de Abama, y al que, sin duda, hay que incorporar, además, otros lugares que en época prehispanica conformarían, en un sentido amplio, el espacio cotidiano de las poblaciones que aquí se asentaron.

Por ello, se ha de asumir que la información que se genera directa y exclusivamente de Abama-2 o de Abama-4 no es suficiente para explicar estos enclaves, al constituir unidades parciales de observación. Al contrario, en toda esta zona se hallan numerosas evidencias de que el poblamiento prehispanico fue incluso superior al que revestirá en momentos posteriores, cuando las lomadas se transformen para ser objeto exclusivo de explotación agropecuaria. Así, ambos yacimientos sólo

¹⁵ Las variables topográficas de eminencia y control visual del entorno han sido esgrimidas sistemáticamente como cualidades que definen los patrones de localización de los paraderos pastoriles, por considerarse vitales en el desarrollo de la práctica pastoralista. Puede observarse en la bibliografía un cierto automatismo a la hora de valorar tales cualidades, haciendo hincapié en ellas sin tener en cuenta otros posibles condicionantes. Con frecuencia, muchos de los emplazamientos donde se han reconocido estas características esenciales para su definición son sólo los vestigios residuales de ámbitos más amplios, que han sobrevivido por su posición marginal en las unidades agropecuarias históricas.

constituyen una parte muy fragmentaria de la totalidad de un poblamiento, cuyo grado de transformación es tan alto que definir el espacio doméstico y sus características exactas resulta verdaderamente complicado a partir del estudio que ahora realizamos. Sin embargo, esta situación no se puede perder de vista en la explicación de los yacimientos, pues de no ser así se corre el riesgo de sesgar o aún peor tergiversar la significación histórica que entrañan estos sitios.

Ante lo expuesto es evidente que rechazamos por apriorística la habitual clasificación de «paradero pastoril», más aún si cabe al considerar que la caracterización de este tipo de yacimientos es producto de la parcelación de la realidad arqueológica, provocando unidades de observación falsas y de la preeminencia de la percepción del yacimiento frente a su análisis. El problema deviene más grave si se analiza que esta interpretación de la realidad material es producto, bien de una ausencia absoluta de teoría social que explique el desarrollo de las comunidades aborígenes en la isla, o bien de la asunción implícita de posicionamientos ambientalistas, apoyados en la vieja idea de una economía pastoralista autárquica. Esta última visión de los hechos ha dado lugar a la imagen tradicional de grupos humanos independientes, nunca muy numerosos, con unos modos de vida destinados a garantizar el autoabastecimiento, a partir de una adaptación *parasitaria* a los distintos nichos ecológicos insulares.

Partiendo de la necesidad de una teoría social marco y de que la intervención arqueológica es la vía para acceder al conocimiento y explicación de las sociedades del pasado, nuevamente encontramos serios obstáculos para considerar que Abama-2 y 4 pudieran asimilarse, respectivamente, a la tipología de «paradero pastoril». Resulta inconsistente considerar el uso del territorio no como una globalidad orgánica con un sentido de consolidación del modelo social en el que se inscribe, sino como la suma inconexa de hitos que se caracterizan, además, por su organización aleatoria con un hondo carácter de improvisación y provisionalidad, como si no se diera la planificación y anticipación social de las decisiones de un colectivo. De este modo, muy difícilmente esos grupos de pastores *organizados para subsistir de manera aislada*, podrían tener cabida en el seno de una sociedad sustentada en relaciones de propiedad desiguales, con un sistema de producción estructurado a escala insular y un desarrollo, definido y preciso, de actividades económicas de diverso signo, así como un complejo sustento ideológico que garantiza la legitimidad y reproducción de estas condiciones.

Definitivamente, reiteramos la idea de que Abama-2, como también sucede en Abama-4, no es un «paradero pastoril». De los datos disponibles se deduce que nos encontramos ante un asentamiento de superficie, cuya expresión territorial se circunscribe como mínimo a las lomadas de Abama que se desarrollan entre el Barranco de Chabugo y el de Erques. Tiene un carácter doméstico, entendido en el sentido amplio del término y no restringido a la «habitación-dormitorio», por tanto, se trataría de un espacio en el que se distinguen zonas diversas que cumplen funciones diferenciadas.

Por supuesto, este espacio incluiría estructuras de residencia asimilables a conjuntos de cabañas, que pueden aparecer más o menos concentradas en el territorio en función del grado de dispersión de los grupos familiares pero, además, se





articulan otras zonas para la puesta en práctica de distintas actividades económicas, como la captación de recursos alimenticios, caso de la explotación del medio marino, el propio sustento de la cabaña ganadera o tal y como se refleja claramente en el sitio de Abama-2, procesos de trabajo ligados a la provisión y/o transformación de recursos líticos de origen local (rocas de grano grueso) o extralocales como la obsidiana, cuya producción se dedica a labores domésticas en el asentamiento. A tal efecto, la consideración de los yacimientos de rango secundario donde el pastor se coloca con sus rebaños para que pasten, en el sentido más «romántico de la idea», cambia sustancialmente para adquirir una dimensión social e histórica como zonas de actividades sistematizadas en las que se reflejan parcelas del proceso productivo, en el marco de un asentamiento de cierta entidad¹⁶.

Lamentablemente, el estado de conservación de las evidencias arqueológicas no nos permite describir con exactitud cómo se estructuraría este asentamiento, dónde se ubicarían las cabañas, cuántas y a qué corresponderían las zonas de actividad que se pudieran dar, etc.; e incluso, en esta misma línea, definir con precisión el significado de sus componentes y qué papel ejercerían con respecto a todo el poblamiento de la zona. Pese a ello, consideramos de gran interés que las conclusiones derivadas de la intervención permitan avalar la afirmación de que dicho poblamiento tuvo un protagonismo más relevante de lo que en general se pudiera deducir de las unidades arqueológicas aisladas. El alcance de estas valoraciones no sólo repercute en una mejor comprensión de los yacimientos de superficie del sur de Tenerife, sino que se vuelve trascendente para el conocimiento de una parcela de la investigación prehistórica de la isla, hasta el momento relegada, con un carácter marginal, dada su condición teórica de asentamientos de segundo orden.

Las conclusiones de la investigación demuestran que cada uno de estos yacimientos forma parte de un todo unitario al que hemos denominado «territorio Abama», como espacio históricamente significativo. En él tuvo lugar la trayectoria vital de un colectivo humano a lo largo del tiempo.

En un territorio donde las transformaciones son tan dinámicas como el sur de Tenerife y el paisaje humano cambia de manera tan vertiginosa, se hace más patente que en cualquier otro lugar la necesidad de entender el Patrimonio Histórico no como la ruina con valor en sí misma, sino como el reflejo material de las sociedades del pasado y por tanto del proceso histórico que ha modelado nuestra realidad actual.

¹⁶ Descritas en estos términos se presentan ante nosotros diversas parcelas de la comunidad local, cuyas características y complejidad funcional no difiere de la que se observa en otros conjuntos mejor conservados, donde se ha podido abordar una lectura más integral del paisaje arqueológico (Hernández y Alberto, 2006). Ello nos sitúa en una posición diametralmente opuesta al tópico sobre la dicotomía norte/sur del poblamiento prehispanico de Tenerife. Por otro lado, se trata de una concepción que busca las relaciones contextuales de las evidencias arqueológicas, frente a su consideración parcial y aislada, como entes flotantes en un espacio vacío.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA OCHOA, G (2001): Procesos de Trabajo determinado. La configuración de modos de trabajo en la cultura arqueológica. *Boletín de Antropología Americana*. 35 pp. 59-83. <http://communities.msm.com.mx / Arqueología social canariomexicana>. (Fecha de consulta: 8 de julio de 2001)
- ÁLAMO, F. y CLAVIJO, M. (1995): *Propuesta de Intervención Arqueológica en el Malpais de Rasca (Arona, Tenerife)*. Memoria Inédita. Dirección General de Patrimonio Histórico.
- ÁLAMO TORRES, F. (1995): *Intervención Arqueológica en el yacimiento de Los Morritos (Arona, Tenerife)*. Memoria Inédita. Dirección General de Patrimonio Histórico.
- (2005): *Intervención Arqueológica Las Caletillas (Granadilla, Tenerife)*. Memoria Inédita. Dirección General de Patrimonio Histórico.
- ALBERTO BARROSO, V. (2004): De carne y hueso. La ganadería en época prehistórica. El Pajar. *Cuaderno de Etnografía Canaria*, II, 18: 4-8.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1947): Excavaciones arqueológicas en Tenerife (Canarias). Plan Nacional 1944-45. *Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas*, 14.
- ARNAY DE LA ROSA, M. (1982): *Arqueología en la alta montaña de Tenerife: un estudio cerámico*. Tesis Doctoral, Universidad de La Laguna. Inédita.
- (2006): Los Espacios comunales en el contexto de las culturas prehistórica canarias. El escenario de Las Cañadas del Teide. A. Rodríguez (Ed): *Paisajes arqueológicos versus espacios sociales*. El Pajar, Cuaderno de Etnografía Canaria II, 21: 8-21.
- BALBÍN BEHRMANN, R. y TEJERA GASPAS, A. (1983): El yacimiento rupestre de Aripe, Guía de Isora, Tenerife; en Balil Illana, A. (ed.): *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*. Ministerio de Cultura, Madrid, IV, 254-259.
- BARRO ROIS, A., ALBERTO BARROSO, V., BORGES DOMÍNGUEZ, E., GARCÍA ÁVILA, C. y HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M. (2002): *Intervenciones Arqueológicas en el Club de Campo de Golf Abama*. Memoria presentada a la Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias. Inédita.
- BATE, L.F. (1992): Del Registro Estático al pasado dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico. *Boletín de Antropología Americana*, 26: 49-68.
- (1998): *El proceso de investigación en Arqueología*. Crítica. Barcelona.
- BETHENCOURT ALFONSO, J. ([1911]-1991-1997): *Historia del Pueblo Guanche*. 3 tomos. F. Lemus (Ed). La Laguna.
- BRITO, M. (2000): *Salvador González Alayón: un cabrero para la leyenda*. Anexo: entrevista de Luis Diego Cuscoy a Salvador González Alayón, mayo de 1972. Arona. Patronato municipal de Bienestar social. Patronato Municipal de Cultura.
- CASTRO, P.V., CHAPMAN, R., GILI, S., LULL, V., MICO, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA, M.E., (1996): Teoría de las Prácticas Sociales. *Homenaje a M. Fernández Miranda. Complutum Extra*, 6 (II). Madrid: 35-48.
- CASTRO, P.V., GILI, S., LULL, V., MICO, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA, M.E. (1998): Teoría de la Producción de la Vida Social. Un análisis de los mecanismos de explotación en el Sudeste peninsular (c. 3000-1500 cal ANE). *Boletín de Antropología Americana*, 33: 25-77.





- CHÁVEZ ÁLVAREZ, M.E., PÉREZ CAAMAÑO, F., PÉREZ GONZÁLEZ, E., SOLER SEGURA, J., GOÑI QUINTERO, A. y TEJERA GASPAS, A. (2005): El Proyecto de San Blas (San Miguel de Abona, Tenerife). Vínculos entre arqueología profesional, empresa privada y revalorización del Patrimonio Arqueológico. En *v Jornadas de Patrimonio Histórico. La Arqueología Canaria: Análisis de partida*. Arrecife, Lanzarote. (E.P.).
- DELGADO GÓMEZ, J.F. (1995): *El Menceyato de Abona. Arico, Granadilla, San Miguel, Arona, Vilaflor*. Centro de la Cultura Popular. S/C de Tenerife.
- DIEGO CUSCOY, L. (1947): De Arqueología Canaria: estudio acerca de las tabonas de los guanches. *Cuadernos de Historia Primitiva del Hombre*, 1 (II): 111-120.
- (1949): Notas acerca de la industria lítica guanche. *Revista de Historia Canaria*, xv (86-87): 204-214.
- (1951): El determinismo geográfico en la habitación del aborigen de las Islas Canarias. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. xxvi: 17-58.
- (1953): Nuevas excavaciones arqueológicas en las Canarias Occidentales. Yacimientos de Tenerife y La Gomera (1947-1951). *Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas*, 28. Madrid.
- (1954): Paletnología de las Islas Canarias. *IV. Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*. Zaragoza: 5-41.
- (1968): *Los Guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*. Museo Arqueológico de S/C de Tenerife núm. 7.
- (1971): *Gánigo. Estudio de la Cerámica de Tenerife*. Museo Arqueológico de S/C de Tenerife núm. 8.
- (1979): *El conjunto ceremonial de Guargacho. (Arqueología y religión)*. (Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife, 11). Museo Arqueológico, Santa Cruz de Tenerife.
- ESTÉVEZ GONZÁLEZ, M^a.C. (2004): *Marcadores de Estrés y actividad en la población guanche de Tenerife*. Estudios Prehispánicos, 14. Dirección General de Patrimonio Histórico.
- FONTANA, J. (1999): *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Ed. Crítica. Barcelona.
- GALVÁN SANTOS, B. (1988): El hábitat estacional de Chafarí. 1^a Campaña de Excavaciones Arqueológicas (Las Cañadas, Tenerife). *Investigaciones Arqueológicas en Canarias* 1: 61-63.
- (1991): Nuevos hallazgos en el yacimiento arqueológico de Chafarí (Las Cañadas del Teide Tenerife). *Tabona*, vii. Universidad de La Laguna: 199-207.
- GALVÁN SANTOS, B., HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M., VELASCO VÁZQUEZ, J., ALBERTO BARROSO, V., BORGES DOMÍNGUEZ, E., BARRO ROIS, A. y LARRAZ MORA, A., (1999): *Orígenes de Buenavista del Norte. De los primeros pobladores a los inicios de la colonización europea*. Editado por el Iltre. Ayuntamiento de Buenavista del Norte, Tenerife.
- GÁNDARA, M. (1987): Hacia una teoría de la observación en Arqueología. *Boletín de Antropología Americana*, 15: 5-14.
- (1993): El análisis de Posiciones Teóricas: aplicaciones a la Arqueología Social. *Boletín de Antropología Americana*, 27: 5-20.
- GARCÍA MORALES, M., SÁNCHEZ, L. (1993): Hallazgo arqueológico en Las Cañadas de El Teide. *Eres (Arqueología)*, 4. S/C de Tenerife: 115-118.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R. y TEJERA GASPAS, A. (1990): *Los aborígenes canarios. Tenerife y Gran Canaria*. Istmo, Madrid.

- GONZÁLEZ ANTÓN, R, BALBÍN BEHRMANN, R, BUENO, P. y ARCO AGUILAR, M^a.C. (1995): *La Piedra Zanata. Museo Arqueológico de Tenerife*. Sta. Cruz de Tenerife.
- HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M. (2006): Territorios de Aprovisionamiento y Sistemas de Explotación de las Materias primas líticas en la Prehistoria de Tenerife. Tesis Doctoral. Universidad de La Laguna. Humanidades y Ciencias Sociales, 15.
- HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M. y GALVÁN SANTOS, B. (2001): La Producción Lítica entre los Guanches. De los grandes talleres de obsidiana a la actividad doméstica. *El Pajar, Cuaderno de Etnografía Canaria*, 9: 26-31.
- (2006): Los talladores de *Tabonas*. Evidencias arqueológicas de la especialización artesanal. Sociedades prehistóricas, recursos abióticos y territorio. *III Reunión de trabajo Aprovisionamiento de Recursos abióticos en la Prehistoria*. Universidad de Granada: 349-366.
- HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M. y ALBERTO BARROSO, V. (2006): Buscando a la comunidad local. Espacios para la vida y la muerte en la prehistoria de Tenerife. En A. Rodríguez (Ed.), *Paisajes arqueológicos versus espacios sociales*. El Pajar, Cuaderno de Etnografía Canaria II, 21: 22-31.
- HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M., GALVÁN SANTOS, B. y BARRO ROIS, A. (2000): Los Centros de Producción Obsidiánica en la Prehistoria de Tenerife. *XIII Coloquio de Historia Canario-Americana*. Las Palmas de Gran Canaria: 1735-1753.
- JIMÉNEZ GÓMEZ, M.C. (1994): El Barranco de Chinguaro (Gúímar, Tenerife): sus características y significado en la prehistoria insular. *XI Coloquio de Historia Canario-Americana*. III. Las Palmas de Gran Canaria: 743-764.
- JIMÉNEZ GÓMEZ, M.C., TEJERA GASPAS, A. y LORENZO PERERA, M. (1973): *Carta Arqueológica de Tenerife*. Enciclopedia Canaria nº 15. Aula de Cultura de Tenerife.
- LORENZO PERERA, M. (1976): Un enterramiento individual en la «Cueva de Chajora» (2.300 m.s.n.m.) Guía de Isora (Isla de Tenerife). *Anuario de Estudios Atlánticos*, 22: 223-232.
- (1990): Datos para el estudio del pastoreo en Las Cañadas del Teide. *Homenaje al Profesor Dr. Telesforo Bravo. Tomo II*: 301-335. Universidad de La Laguna.
- MESA HERNÁNDEZ, E.M. y GARCÍA ÁVILA, J.C. (2005): Los Concheros prehistóricos de Canarias. Revisión historiográfica y consideraciones para su caracterización arqueológica. En *V Jornadas de Patrimonio Histórico. La Arqueología Canaria: Análisis de partida*. Arrecife, Lanzarote. (E.P.).
- NAVARRO MEDEROS, J.F. (coord) (1988-1990): *Inventario Arqueológico de las Canarias Occidentales Términos Municipales de Tegueste, Adeje, Arona, S. Miguel de Abona y Granadilla de Abona (Tenerife)*. Dirección General de Patrimonio Histórico. Inédito.
- NAVARRO MEDEROS, J.F. y ARCO AGUILAR, M.C. (1987): *Los aborígenes. (Historia Popular de Canarias, 1)*. CCPC, Santa Cruz de Tenerife.
- NAVARRO MEDEROS, J.F, HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M. y ÁLAMO TORRES, F. (2003): Las manifestaciones rupestres de Tenerife: un enfoque desde la arqueología espacial. Actas *I Symposium sobre manifestaciones rupestres del Norte de África y Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria (17-23 abril). Faykag. Revista de Arqueología Canaria. núm. Extraordinario: 231-257.
- PÉREZ CAAMAÑO, F., SOLER SEGURA, J., LORENZO MARTÍN, M. y GONZÁLEZ DÍAZ, C.G. (2004): El territorio arqueológico del Lomo de Arico. Aproximación al modelo de poblamiento permanente del sur de Tenerife (Islas Canarias). *Tabona*, 13. Universidad de La Laguna: 167-186.



- RODRÍGUEZ MARTÍN, C. y MARTÍN OVAL, M. (1997): Marcadores esqueléticos de stress ocupacional en la población guanche de Tenerife (Islas Canarias). *Eres de Arqueología*, 7. S/C de Tenerife: 105-118.
- SABATÉ BEL, F. (1993): *Burgados, tomates, turistas y espacios protegidos. Usos tradicionales y transformaciones de un espacio litoral en el Sur de Tenerife: Guaza y Rasca (Arona)*. Santa Cruz de Tenerife. Servicio de Publicaciones de Cajacanarias.
- SABATÉ BEL, F., PÉREZ GONZÁLEZ, R., GARCÍA HERRERA, L.M. y RODRÍGUEZ BRITO, W. (Eds.). (1991): *El Sur de Tenerife. Estrategias y Paisajes*. Santa Cruz de Tenerife. Colegio Oficial de Arquitectos de Canarias.
- SANOJA OBEDIENTE, M. (1997): Regiones geohistóricas y modos de vida: fundamentos para la historia alternativa. *Boletín de Antropología americana*, 31. Méjico: 93-98.
- SOLER JAVALOYES, V., CARRACEDO, J., GALVÁN SANTOS, B. y HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M. (1992-93): Datación paleomagnética de un fondo de cabaña en el yacimiento arqueológico de Chafarí. Las Cañadas del Teide, Tenerife. *Tabona VIII*, (1). Universidad de La Laguna: 291-295.
- TEJERA GASPAS, A. (1992): *Tenerife y los guanches*. Centro de la Cultura Popular Canaria. S/C de Tenerife.
- VARGAS-ARENAS, I. (1985): Modo de Vida: categoría de las mediaciones entre formación social y cultural. *Boletín de Antropología Americana*, 12: 5-16.
- VELASCO VÁZQUEZ, J., HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.M. y ALBERTO BARROSO, V. (1999): Consideraciones en torno a los sistemas productivos de las sociedades prehistóricas canarias. Los modelos de Tenerife y Gran Canaria. *Vegueta*, 4: 33-56.

